

Tiempo, ocio y silencio

Víctor Orozco

Maestro Emérito de la UACJ y
Miembro de la Academia Mexicana de la Historia
ORCID: 0000-0002-6178-0173

ALGO QUE DEBEMOS ECHAR DE MENOS EN LOS TIEMPOS NUESTROS son dos carencias: tiempo y silencio suficientes. Sin su contribución, el camino para generar ideas se vuelve ríspido y cuesta arriba. Un viejo amigo, intelectual de altos vuelos, me confesaba con cierto pesar que la cotidianidad de su hogar lo obligaba a escribir y leer durante los intermedios de la televisión, o los que a duras penas podía procurarse.

El habitante de un pueblo idílico —porque ya son casi fantásticos—, antes de llegar a su casa, puede decir con tranquilidad: me detengo aquí en esta roca o en este tronco, tal vez coma mi fruta o fume un cigarro, nada me impele a llegar, ni a cumplir tal o cual tarea urgente o improrrogable. Nada sucede si permanezco en silencio, con la mirada fija en un árbol o en un insecto.

Mirar o gozar como protagonista de una escena como esta, hoy es casi imposible para la gigantesca mayoría. Nos aguardan implacables los horarios, los nuestros o los de otros. Un recuerdo persistente en mi memoria viene de mis remotos tiempos de niño pueblerino. Caminaba a la zaga de mi padre, quien parecía o era infatigable cruzando una y otra vez los campos de barbecho o pintados apenas con un verde ralo por las pequeñas plantas de maíz o de frijol. Pronto me rendía y me era imposible sostenerle el paso.

Me sentaba entonces en el bordo de un surco y descubría el paciente e interminable trabajo de un escarabajo que empujaba con sus patas traseras una bola de boñiga. Perdía de vista el cuerpo de mi padre al que de cuando en cuando alcanzaba a ver en cuclillas para escarbar con las manos buscando la humedad, actividad que ya le conocía. Mientras, yo seguía con la vista clavada en los movimientos del insecto y preguntándome hacia dónde llevaba su bola de excremento, que parecía gigante comparada con sus delgadas patas. Nunca lo supe, pues unas horas



después nos marchábamos y el animal apenas habría avanzado un metro.

¡Ah! Pero cuánto reflexioné sobre la paciencia y la capacidad de este pequeño bicho para mover su carga, que después me enteré serviría de nido y alimento a los escarabajos recién llegados.

¡Y cuántas preguntas más me hice! Miraba las lomas al otro lado del arroyo y las comparaba con las altas cuevas que le significaban los bordos al esforzado pinacate, las mismas que las colinas representaban para mis piernas, tomaba entre mis manos una semilla de frijol recién reventada y torturaba mi mente sobre el suceso. Y así, cabalgaba en los lomos de muchos pensamientos.

Extraño aquellos lejanos momentos, que, con su simplicidad, marcaron mi futuro, al menos porque sigo disfrutando y anhelando aquel ocio tan placentero como fructífero. Lo perdí en buena medida, como le sucede a casi todo mundo, pero nunca extravié la conciencia de su importancia y del sentido que le proporciona a nuestras vidas.

Por supuesto, el otro componente de esos momentos es el silencio. Nada hay mejor, según yo, que una noche espesa en el campo, sin ruido alguno —si acaso el uh uh de algún tecolote— que inquiete a los sentidos. Es un tiempo perfecto para que la imaginación corra libre, sin tropiezo alguno.

Tengo a mi alcance este estado de ánimo en muy pocas ocasiones. Se le oponen la ciudad, las lejanías, las

luces, el clima que tanto castiga a los viejos, entre otros obstáculos. Lo suplo con una mañana soleada o una tarde naranja en algún camino rural. No es el silencio intenso y completo que me entusiasma y estremece mi espíritu, pero algún consuelo trae consigo.

El tiempo y el silencio nos conducen a la infinitud, a la libertad, a la expansión, pero no a la paz como es común afirmar. Al menos no a la paz semejante a la pasividad y al inmovilismo. Es la paz que demandan la creación, la cavilación, la audacia para la acción, cualquier modo que esta tome: física, intelectual, emocional.

De todo esto sabían más los antiguos que los científicos y tecnólogos de estos días. No en balde no hay uno que se abstenga de hacer elogio del ocio, estado del individuo que le permite crecer y superar sus propias condiciones, en tanto puede concentrarse en aquello que le interesa y apasiona.

Se han contrapuesto usualmente el trabajo y el ocio, ensalzando al primero y condenando irremisiblemente al segundo, desacreditándolo con calificativos peyorativos: vagancia, molicie, holganza, indolencia, pereza y otros por el estilo.

Pero, si vemos bien las cosas, se hace la apología del trabajo que se ejecuta para beneficio de otros, no el que se realiza para el provecho del que lo lleva al cabo.

Y se condena la inactividad que no rinde frutos para el mercado. Por eso, en las relaciones entre quienes son dueños y quienes gastan sus



energías estando a su servicio, siempre aflora el mismo conflicto: unos pugnan por alargar los tiempos de labor y otros por disminuirlos. Y esta confrontación abarca tanto la cotidianidad como la vida entera. A medida que se agrandan las ganancias, estas exigen que aquellos que las producen tengan una vida laboral más prolongada. Así, las edades de la jubilación en general se van recorriendo: 55, 60, 65 años..., igual que los tiempos de servicio: 15, 20, 25, 30, 35 años...

Sucede entonces que los períodos de ocio, primero se reducen en la vida diaria, ocupados por las horas de transporte, de permanencia en la fábrica o en la oficina o frente a los ordenadores en el hogar. Y segundo, el disfrute de ese tiempo libre y fecundo llega ya demasiado tarde, cuando las personas están en la última fase de sus días. De allí que, en las escalas sociales históricas, los esclavos hayan sido los menores generadores de ideas e innovaciones, luego los obreros de las etapas salvajes del desarrollo industrial y así sucesivamente. Los filósofos, científicos y literatos, usualmente han brotado de las clases con acceso al ocio, o bien de algún talento individual que, sin estar entre los privilegiados, de alguna manera se las ha ingeniado para tener tiempo libre.

Por otra parte, el sistema actual hace todo lo posible para impedir que la inmensa mayoría de las personas disfruten de mayor tiempo dedicado al ocio productivo y por tanto al goce de sus vidas, además, instituye una fe-

roz carrera para ver quien labora más y con mayor intensidad. Bertrand Russell, quien dedicó largas reflexiones al tema dice: “No es solo el trabajo lo que ha quedado envenenado por la filosofía de la competencia; igualmente envenenado ha quedado el ocio”, puesto que, en tal concepción, el disfrute de un oficio, la contemplación de una obra de arte, el escuchar una pieza musical, lleva una dosis de culpa. El capitalismo, a su modo, ha profundizado este complejo, abonando en el suelo fértil de la mitología judeocristiana que lleva milenios de obrar sobre la mentalidad de las personas, fortaleciendo este complejo a cada paso en sus ritos y en sus prédicas.

Y prácticamente se ha convertido en un dogma, a grado tal que en la educación se tiene como una obligación formar a los estudiantes en la filosofía de las competencias, desatando en ellos la ambición de agrandar la posesión de bienes materiales, como fin supremo de la vida. Alguna vez, hablando con un conocido médico especialista, me confesaba que en su generación —y creo que desde muchas anteriores y posteriores— el acicate de ser dueño de una gran mansión, de vehículos y artículos de lujo, que animaba a sus colegas y a él mismo, junto con sus esposas y sus vástagos, tenía un efecto corruptor en el ejercicio de la medicina. Era así porque el tren de vida impuesto por la sociedad de consumo los obligaba a incrementar el número de intervenciones quirúrgicas (en su campo) y de



otro tipo, no siempre necesarias para curar a los pacientes y en el peor de los casos perjudiciales.

Debe agregarse que se aprovecha que el doble significado del concepto. Cuando se hace la crítica a la frenética y deshumanizada marcha por ser mejor que el otro, esto es para alcanzar lo que se tiene por éxito, se dice que competencias se refiere a las aptitudes, a final de cuentas un sentido del término mucho menos usual y comprendido. Así que las entidades más poderosas, como son las grandes empresas, los medios de comunicación, las iglesias, las instituciones educativas, todas ellas conspiran a favor de la exaltación del trabajo productivo, esto es, el que engendra ganancias y en contra de aquel que tiene como propósito engrandecer la vida de los indi-

viduos, desarrollado justo en los momentos del ocio tan vilipendiado.

Regresando a los inicios de la reflexión, como toda utopía de retorno a tiempos y circunstancias idos, no vale la pena buscar la recreación de la vida campirana y tranquila, que por cierto, tampoco era tal para el grueso de la gente. Lejos de ello, en el seno de la propia vida moderna, debemos buscar la implantación de reglas que mengüen o liquiden las deshumanizadas prácticas impuestas por el egoísmo, la voracidad y el afán depredatorio de la clase capitalista y atrás de ella, de las entidades, hábitos, prejuicios y creencias funcionales para este pernicioso modo de vida.¹



Mariana Maese, "La arquitectura (metafórica) de la violencia, 6", 2024.

¹ Bertrand Russell, *La conquista de la felicidad*. Edición de Kindle, p. 39.